



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9321

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

VIERNES 25 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M.^{me} LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Díaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

A LOS QUINTOS LA VERDAD

Redención del servicio militar activo. Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustituciones ni orfagos. Todas las operaciones á metal co.

Para más informes, pidase al representante ante en esta localidad.

DON JOSÉ DE LA CRUZ O.

LOS PÓLIPOS Y SUS OBRAS

La existencia de aguas dulces en el mar constituye, sin duda alguna, un fenómeno notabilísimo; sin embargo nada hay en este hecho que pueda chocar con nuestra razón.

Otras cosas hay, ante nuestra pequeñez é inexperiencia, que parecen absurdos.

¿Quién no se creería que se burlan de nosotros, si al señalarlos una cordillera de peñas, de dos ó trescientas toesas de elevación y de una extensión de muchas leguas, nos dijeran que es la obra de una familia de animales?

Y, sin embargo, anda hay más cierto. La mayor parte de los arrecifes que hacen peligrosa la navegación en los mares, por no ser bien conocidos, no son otra cosa que celditas de los pólipos, engastadas y encajadas, unas encima, otras al lado de las otras.

Los pólipos son unos animalitos muy pequeños, pertenecientes á la clase de los radiados; lo mismo que las anémonas, que vegetan dentro de unas especies de colmenitas, teniendo un estado mixto, así como entre los animales y las plantas, con las cuales se les ha confundido por largo tiempo.

Los políperos, semejantes á un muro, se elevan perpendicularmente desde el fondo del mar y, sin cesar, van elevándose más y más con la superposición de nuevas capas de celditas sobre las ya existentes.

Las costas occidentales del mar Rojo, en una muy vasta extensión, no presentan más que un piso de coral, todo erizado de peñascos, obra de los pólipos. En varios puntos se hallan arrecifes y escollos, cuyo origen es el mismo. Pero de todas las creaciones de este género, la más extraordinaria es la cadena de arrecifes que, como un cinturón circuye la Nueva Caledonia, en un

espacio de 150 leguas del Sureste al Oeste. Ascógase que la altura de estos peñascos de coral es tal, que la sonda no llega al fin.

Dentro del grande Océano, y á inmensas distancias unos de otros, se hallan bancos de coral, por completo destacados de las tierras vecinas, los cuales son probablemente cúspides de montañas submarinas, en las cuales se han establecido los zoófitos para elevar sus construcciones pebreas y con el fin de llevarlas hasta la superficie del mar.

Así es como se forman poquito á poco escollos, contra los cuales arrojan las aguas arena, troncos, cáscaras, deshechos y de ello vienen los islotes, que ofrecen á los pájaros marítimos un suelo para aguardar y devorar su presa. Allí depositan estos pájaros sus huevos, hacen sus nidos, acarrear raíces, hojas y semillas; los vientos y oleadas acarrear otro tanto y viniéndose á descomponer estas materias, al mezclarse con la arena, producen al cabo de algún tiempo una especie de terreno en el cual las semillas se fecundan y vegetan. Si las corrientes marítimas arrastran allí algunas semillas de coco y se engolfan ó se enredan quedándose en tales lugares, nacen árboles, los más apropiados para el clima y que se acomodan á todos los terrenos.

Las islas de coral ofrecen todas las clases de formas posibles.

El capitán Flinders, en su «Viaje á las tierras australes», hace una preciosa descripción de un arrecife de coral, situado en la parte sur de la Nueva Gales meridional. Navegando junto á este arrecife, apercibió debajo del agua, la cual es muy cristalina en dicho lugar, como unas espigas de trigo, setas, cochinilla, hojas de col y muchísimas otras formas de plantas, con vivos colores en verde, púrpura, pardo y blanco. Redobló su atención y vió que eran otras tantas ramas de coral, ó especies de setas que salían de las hendiduras del peñasco, engalanadas con toda clase de colores. Tanto que según dice el capitán Flinders, «El parque más precioso no ofrecería más rica variedad ni belleza.»

«La masa del arrecife se compone de corales petrificados, de un blanco mate; pero fácilmente se distingue en ella la forma primitiva de los corales. Los lados ó bordes del arrecife son muy limpios, sobre todo donde estallan las olas; allí se notan unas cavidades más ó menos profundas que contienen pólipos vivos, esponjas, etc; en la superficie del peñasco hay pegadas enormes ostras que, cuando las aguas bajan, merced á los reflejos, se entrecierran.

Con frecuencia se cierran haciendo ruido, y entonces el agua contenida entre sus conchas, al verse forzada á salir, se eleva como un surtidor, hasta tres ó cuatro pies de altura.

Merced á estos ruidos y surtidores llega uno á reconocerlos; pues sin ellos sería difícil el distinguirlos del peñasco de coral.

Los pólipos, unos de tantos obreros en las vastas inmensidades del Océano, labran, construyen y son perseverantes en su labor. ¡Cuántos

hombres trabajan con menos solidez que ellos! y sobre todo ¡cuántos están menos adornados que ellos de la perseverancia, base de un porvenir y posición social!

MODESTO MARTI.

POR NUESTROS FUEROS.

VII

Antes de publicarse *La Regenta*, había insertado Clarín en varias publicaciones literarias algunas novelitas cortas en que reveló excelentes condiciones de novelista, sobre todo para lo cómico. Una de ellas, especialmente, publicaba hace algunos años en la *Ilustración Española y Americana* y titulada *Las dos Cajas*, es una verdadera joya de arte, impregnada de cierta poesía melancólica, recóndita, la verdadera poesía triste de la realidad psicológica. Aquel Ventura es un tipo simpático, que nos mueve á padecer con sus padecimientos y á llorar por él, con no ser la sentimental la nota más fuerte de Clarín.

La Regenta metió ruido, hablando en términos vulgares. Se trataba de la primera novela de tamaño de un crítico que había pegado á muchos autores de relativa fama y aun á otros críticos conceptuados como notables. Y es lo que dicen muchos, que no saben lo que se dicen: «Clarín, que tanto ha pegado, que tanto ha zaherido los defectos de los demás, no debe escribir una obra defectuosa.» Que es lo mismo que querer obligar á Clarín á que escriba novelas perfectas, ó á que no escriba novelas. Y por ahí pegaron, mal pegado. En cambio un Altamira, que se ha metido ahora á reformador de la historia, le dió un bombo fenomenal. Y ni unos ni otros tuvieron razón.

La Regenta es una excelente novela, en la que hay personajes de segundo término como Ripamillán, como Visación, como Pepe Ronzal, que son, en su género, maravillas de arte. Pero también tiene defectos: el principal es la pesadez que resulta de lo muy amplificados y sobados que resultan algunos de los fenómenos psicológicos que se suceden en el espíritu de Ana Azores, la protagonista. No es que á mí me resulte pesado; todo lo contrario, he sentido verdadero placer siguiendo paso á paso el desenvolvimiento de cada uno de los pliegues del alma que anima una de las mujeres más mujeres de la novela española. Pero les resulta pesado á muchos lectores para quienes se pierde en muchos pasajes el interés verdaderamente novelesco.

Es uno de los problemas más irritantes de la moderna sociedad el que desenvuelve Clarín en su primera y hasta ahora mejor novela. Lástima que la haya amplificado tanto. Fuese un poco más corta, menos ampulosa, más concentrada, ganaría mucho en belleza literaria, aunque tal vez perdiese algo como libro de estudio psicológico.

Y tal es el carácter de las novelas de Clarín: el *psicologismo*; en lo que sigue las brillantes huellas de Paul Bourget, que no le supera en talento ni en la habilidad casi material de la confección, por más que en Francia esté mejor considerado Bourget, en este género, de lo que lo está Clarín en España. Porque no es verdad que Clarín, como novelista, sea imitador de Flaubert, ni de Zola, como aseguran muchos. Como crítico sí que lo es; pero en la novela se ha separado bastante inclinándose á las últimas corrientes del realismo psicológico. En este camino no iguala nadie en España al autor de los *Solos*. Y aunque no se puede juzgar todavía su segunda novela *Su único hijo*, por no haberse publicado la segunda parte, promete ya separarse bastante de esos asuntos triviales, vulgares, poco novelescos, á que tan acostumbrados nos tienen la Pardo Bazán y

Palacio Valdés. Es un estudio verdaderamente curioso é interesante. Y sobre todo es lo nuevo en España, lo que nos gusta por ser manjar nuevo al paladar, y más nos gusta manejado por una pluma hábil é intencionada como la de Clarín. Aquel Bonifacio, en medio de su carácter apocado, inexperto, de medias tintas—precisamente lo más difícil de pintar bien—resulta interesante, simpático, y hasta parece que hagamos nuestros todos sus percances y nos lamentamos interiormente de no poderle cambiar, en momentos dados, el carácter.

De Doña Berta he hablado más por extenso en otra ocasión, y no tengo tiempo aquí más que para extractar conceptos vertidos en el anterior trabajo. El mismo título que el libro tiene la primera novelita del tomo, una especie de poema épico-moral en prosa; pues, con ser Doña Berta una mujer vulgar, nos conmueve profundamente su viaje por la corte, especie de *Odisea* á la moderna, una *Odisea* que, en fuerza de ser sencilla, vulgar y diaria, escapa á la penetración de los que no son verdaderos artistas.

De la segunda, *Angel Cuervo*, puede decirse que no es novela, sino una semblanza muy bien hecha de un tipo bastante común en ciertas poblaciones.

Superchería ya es otra cosa. Esa tiene más miga; pero es una novela no acabada, ó más bien, es el extracto de una novela en que Clarín quiso burlarse un poco de los fenómenos hipnóticos (expuestos por charlatanes) y pintarnos al mismo tiempo el alma enferma de un filósofo original, Nicolás Serrano, que no hacemos más que entrever.

Con lo que llevo dicho basta para conocer, aunque muy por encima, la personalidad de Clarín, que si no es tan perfecto como aseguran sus apasionados, vale bastante más de lo que dicen sus enemigos y puede compararse con cualquier crítico francés de los que hoy viven.

MANUEL BIELSA.

Cartagena 25 Noviembre 1892.

EL PIANO DE MANUBRIO.

LITERATURA EXTRANJERA.

I

—¡Qué nostalgia se siente al escuchar la música! ¡Cómo evoca dolorosamente, antiguos recuerdos! ¡Qué triste es oír mientras dura el crepúsculo vespertino de un día de Noviembre, los acordes de una vieja polka arrancados al popular piano de manubrio!

Sí, ese es un viejo aire de polka á cuyo compás saltó todo París hace quince años, cuando V. señora apenas tenía dieciocho. ¡Sí! V... pobre rubia, descolorida, que sale á la calle tan elegantita con su sombrero de terciopelo azul, arreglado hábilmente, por tercera ó cuarta vez, á la última moda y que arrastra el pequeño coche de mano donde duerme su hijo más pequeño, junto á los plátanos sin hojas del melancólico boulevard de extramuros.

¡Qué linda era V. en el tiempo en que esa polka hizo furor!

Tenia V. la hermosura de una mañana de primavera; sonrosadas mejillas, ojos brillantes, cabellos de color de trigo maduro... ¡Cuánto ha perdido V. señora!

Sin dote... V. no tenía dote.

Era hija de un honrado subyefe en cuya hoja de servicios ponían sus superiores esta nota desesperante. «Modesto, laborioso y útil para el cargo que desempeña; hija de aquel buen hombre que cuando asistía á algún baile acompañando á V., no se atrevió jamás á sentarse á la mesa en que se jugaba al whist á diez sueldos la ficha; de aquel hombre que registraba continuamente el

bolsillo de su chaleco para asegurarse de que estaban allí las monedas destinadas al pago del alquiler del carruaje que había de conducir á Vdes. á su domicilio!

¡Sin dote!... Todos los espejos del salón decían á V. que no lo necesitaba, cuando entraba en él del brazo de su padre, radiante de juventud y de belleza con su vestido de color rosa. ¿Quién iba á suponer que la mamá había permanecido en casa algunos días arreglando aquel traje sobre la mesa del comedor y que V. se había privado también del cotidiano para que se acabase más pronto la tarea? ¿Quién iba á saber que tenían pinchazos de agujas las yemas de sus dedos, llevando V. como llevaba guantes que le llegaban hasta el codo?

Escuche V. la vieja polka que toca el piano de manubrio mientras se acerca á su fin el crepúsculo vespertino de un día de Noviembre. ¿Verdad que parece el canto de una loca entrecortado por los sollozos?

A menudo era V. invitada por él para saltar por el salón al compás de ese mismo baile. ¡Qué simpático era aquel joven que atendía al nombre de Federico! ¡Con qué elegancia llevaba el frac de corte esmerado!... No bailaban ustedes solamente la polka; también el vals; también la mazurca. Cuando él formulaba su invitación, V. respondía afirmativamente con voz apagada, temblorosa, temblor que se extendía por todo su cuerpo cuando él estrechaba la mano de V. con la suya.

Era un hijo de familia que había tenido un duelo—¡qué prestigio para él!—y contraído en dos ocasiones deudas de bastante consideración, pagadas después por su padre.

Se sentía V. muy feliz cuando él le estrechaba la cintura, y en los momentos de descanso, cuando apoyado en su brazo, sonriente y fatigada, fijaba él de repente, su vista en la de V. y murmuraba en voz baja, á propósito de cualquier detalle de la «toilette» que servía para dar realce á su hermosura, una galantería muy respetuosa en la forma, pero en cuyo fondo V. adivinaba un algo inexplicable que le producía estremecimientos de placer y de miedo.

¡Ay!... Un joven tan arrogante, tan privilegiado por la naturaleza como Federico, no puede venir al mundo para limitar, á los bailes, su esfera de acción. Desapareció de allí en busca de otras diversiones y V., sin darse cuenta exacta de lo que le pasaba, se quedó muy triste ¿no es verdad?

Trancurrieron dos, tres, cuatro, cinco años.

Ya no llevaba V. el vestido de color de rosa; pero en los bailes—que nunca cambiaba el repertorio musical—según tocando la polka tantas veces oída por V. al lado de Federico.

Al fin fue necesario tomar las cosas tal y como venían y tuvo V. que casarse con el primero que pidió su mano, —un tímido joven que bailaba siempre con las que ya frisaban en los treinta años.

En más de una ocasión había sentido un poco de piedad hacia aquel buen muchacho cuyas corbatas blancas, demasiado almidonadas y cuyos guantes limpios á fuerza de restregarlos con un pedazo de goma, daban idea exacta de una posición social poco envidiable.

De esto pudo V. convencerse después de casarse con él.

Pero repito que era un buen muchacho; honrado, trabajador y amante del hogar y de la familia. Hoy desempeña un humilde empleo y obtiene de sus jefes la consabida nota: «Modesto, laborioso y útil, etc., etc.» Cuando le hizo V. padre por segunda vez puso en tortura su imaginación para que aumentara algo su presupuesto de ingresos.